

SUEÑO DE VERANO¹

Mi casa tiene una ventana, tiene dos, tiene tres ventanas.

Esto, que no parece nada extraordinario es para mí de gran interés. Porque mis tres ventanas miran al ancho patio de una casa de corredor.

Esta casa de corredor es una de esas románticas casas, copiadas por los escenógrafos para los sainetes populares. Casas de este tipo sólo se ven asomándose a los barrios bajos de Madrid. O inclinándose sobre la balaustrada en ruinas del pobrecito viaducto.

Yo tengo este paisaje, de auténtico color madrileño, ante los agujeros grises de mis tres ventanas.

Este paisaje me despierta cada mañana. Mejor dicho: cada mañana me despiertan jirones de vida que constituyen este paisaje, y que se compone de los siguientes:

Un jilguero y un canario, en sus jaulas correspondientes.

Una máquina de coser, movida por las piernas incansables de una muchacha que canta “flamenco” con cierto buen gusto.

Una anciana que lava ropa interior en una tina vieja.

Un perro que se rasca al sol.

Dos mujeres que se insultan entre bastidores.

Y varias chicas guapas que cruzan el patio hacia la calle antes de las nueve, y gritan al pasar ante el cuarto de la portera: - Buenos días, *señá Celes*.

Un paisaje que cambia de color

El paisaje a que miran mis tres ventanas me ha sorprendido hoy con un cambio imprevisto. “Mí” paisaje se ha vestido de domingo, en miércoles. ¿Qué ha pasado?

La muchacha que cose a máquina camisas masculinas se inclina sobre unas bragas y unas camisas pequeñísimas. ¿De niña o de mujer?

¹*Estampa*, 25.8.1934. Luisa Carnés colaboró desde 1934 hasta 1937 con *Estampa*, una de las revistas más difundidas en la época. Gracias a su elevada calidad técnica, a un estilo periodístico ágil, al uso moderno de la fotografía y del huecograbado y a colaboradores de excelente nivel, este periódico semanal ilustrado llegó a ser una de las revistas más leídas durante los años veinte y treinta. Aunque desde el principio dedicó cierta atención a la actualidad política, ésta irá cobrando más espacio durante la II República, a la que el periódico se adhirió desde una posición conservadora. Los artículos y reportajes de Luisa Carnés destacan por estar centrados frecuentemente en las clases trabajadoras y por presentar el punto de vista de los humildes. Un ámbito de interés de la escritora era el de las condiciones laborales de las mujeres de cuya vida trata este artículo.

Las otras muchachas no han hecho su cotidiano desfile por el patio. En cambio, las oigo cantar en sus modestos interiores, apagando los gritos de las vecindonas que riñen.

¿Han declarado la huelga las obreritas de Madrid?

El sueño de verano

- No hay huelga que valga - explica a nuestra curiosidad Emilia, la morena que cose a máquina camisas masculinas-; es nuestro sueño de verano. Todo el año somos hormigas para podernos permitir, durante unos días, ser cigarras. ¡Se acabaron por ahora las camisas de hombre! Son mis días de descanso. Claro que luego trabajaré media hora más cada día hasta amortizar estos días de descanso, pero no importa. ¿Y eso de echarme a dormir cada noche sin miedo al reloj?... Ahora me preparo las “mudas” para irme a divertir al pueblo de mi madre, y a no pensar más en el resto del año, y a olvidar las regañinas del patrón.

Chicas de mi paisaje popular

He buscado al resto de las chicas obreras que le habían hecho traición a mi paisaje popular. Me he enterado de que son seis. A saber: una taquillera de cine, una modista, una fajista, una sastra, una dependienta y una empaquetadora de un laboratorio.

He hallado a la taquillera - influencia del medio - ante las carteleras de un cine.

- Aquí estoy, viendo lo que “echan” para no perder la costumbre. Voy a venir al cine como espectadora nada más. No va a ser todo estar ahí metida en la taquilla el santo día viendo cómo se divierten los demás. Voy a hacer una vida de burguesita.

- ¿Vendrá usted al cine con el novio?

- Ni media palabra... Aún soy muy joven para eso.

La sastra y la fajista

Nati, la sastra, es la chica del paisaje que mejor le dice a la portera: “¡Hola, señá Celes!”... Ahora prepara su maleta. Va a pasar unos días con unos parientes a Santander.

- Estoy encantada... No he visto todavía un puerto de mar.

- Pues ya te puedes figurar - le dice su amiga, la fajista - poco más o menos, el Manzanares.

- ¡Igualito!

- ¿Va usted por mucho tiempo?

- Todo este mes. Ahora me entreno. Todos los días, ésta y yo, vamos al Retiro a remar.

- A nadar sería mejor.

- Nadar, sé... Y me he comprado un *maillot* de moda, de ésos de la espalda al aire, precioso. ¿Verdad, Pepita? Y me voy a dar un postín... Se acabó, por unos días, la sastrería.

- ¿Y usted, Pepita?

- Yo tengo cinco días libres, por falta de material. Estoy colocada en un taller de ortopedia, como fajista, y nos faltan unas cosas que vienen de Barcelona...

Paca la modista “novelera”

Ya me ve. Ahora soy una señorita. Hasta que vengan los modelos de otoño... No hago más que leer y leer y leer. Me llama mi madre la “novelera”... ¡A mí qué! Cuando trabajo voy leyendo en el Metro y me doy cada porrazo con la gente... Ahora me desquito... ¡Qué bien viven las señoritas!

Conchita, la que por hoy, no le hará traición a “mi” paisaje

Conchita, la dependiente de perfumería, coloca frascos de perfume en una anaquelera de la casa donde trabaja.

- Mañana dejaré el mostrador hasta dentro de diez días. Me voy a Cercedilla con unas amigas. Allí lo paso muy bien. Nadie me habla de perfumes ni de coloretos... ¡Lástima que dure poco lo bueno!

La rubia del laboratorio

A esta chica no he podido verla hasta la noche. La encuentro en el ensanche de la Castellana, dándole cuerda a un gramófono. Está empleada en un laboratorio de productos farmacéuticos.

- A mí no hable usted de trabajar... ¡Abajo los laboratorios y los químicos! Quiero divertirme. ¡Abajo los relojes y los tranvías a hora fija! ¡Viva la diversión! ¡Viva el mes de agosto!

Con esta chica rubia hay muchas chicas más, del paisaje y de fuera del paisaje. Hay muchachas que viven su sueño estival de breves días.

Todas gritan, cantan y ríen. Sin dejar de bailar. Sin temor al tiempo.

No temen que las agujas del reloj les marquen una hora determinada, la hora del deber, la del trabajo.

Que sonará, al fin.

Y entonces, como en un cuento añejo, las figuras volverán a sus puestos y a sus actitudes naturales.

Y el paisaje, al que se asoman mis tres ventanas, recobrará su personalidad.

Luisa Carnés